



Francisco García

Lucía.

Una historia de Adviento

I. Primer domingo de Adviento (Mc 1, 1-8)

Lucía había comprado una vela grande para encenderla mientras rezaba aquel Adviento. Y al caer la tarde del sábado, sola en casa, la encendió, se sentó en un cojín en el suelo y se dispuso a leer el evangelio de aquel primer domingo.

Y sucedió que mientras leía aquel texto antiguo que ya casi no creían ni los que lo predicaban, las palabras empezaron a recolocarse y cobrar una nueva vida.

“Mirad -escuchó de boca de Jesús-, mirad los signos en los techos de las calles, las luces, las estrellas que no dejan ver el cielo.

Mirad las gentes correr, enloquecidas por el estruendo de las redes encrespadas que inundan, que anegan los corazones.

Mirad cómo corren sin aliento ocultando el miedo a contemplar que todo pasa, intentando agarrar el tiempo a golpe de emoción.

Mirad y despertad del sueño, separaros de la luz.

Sabed que ha empezado el fin del mundo, que ha empezado la caída en el abismo de la nada y por eso la nada se viste de todo intentando sostenerse y engañar al tiempo”.

De golpe Lucía creyó comprender, se levantó y apagó la vela, y así, a oscuras, empezó a buscar la luz, empezó a llamar a Dios: “Ven Señor Jesús, que tu Luz nos haga ver la Luz”.

II. Segundo domingo de Adviento (Lc 3, 1-6)

Y así fue como Lucía fue entrando cada día un poco más en la oscuridad con esa pequeña oración como compañera. Y, mientras atravesaba los miedos a la soledad y a la impotencia que allí surgían, se dio cuenta de que la vida empezaba a dejar de pesarle tanto y que la esperanza se iba adueñando de ella. Cuando salía a la luz del mundo no le daba, como antes, por quejarse de continuo y criticar lo mal que estaba todo, sino que, aun con dolor, aceptaba la realidad al tiempo que la presentaba a Dios con confianza.

Y sintió que iba entrando en una fraternidad nueva, una fraternidad de hombres y mujeres invisibles para un mundo que se agarra al presente, pero que se le iba revelando como verdadera comunidad de vida. Juana mismamente, que vivía de un futuro de reconciliación, y por eso a los que se acercaban a ella con malas formas los envolvía con un bautismo de paz y de perdón. O a aquellos otros que en cualquier esquina hacían el camino de los demás más ligero, aunque fuera cuesta arriba o estuviera marcado por altos y bajos que no sabían manejar.

Descubrió que esta fraternidad discurría atravesando el desierto de la ciudad y dejaba en ella un camino invisible a primera vista; un camino por el que la vida transcurría con serenidad y paz a pesar de los pesares; un camino que parecía tocarse cuando se sentaban juntos a descansar compartiendo la esperanza. Sus encuentros eran siempre una celebración de ánimo, y cuando se despedían lo hacían con una antigua frase que les nacía del corazón. La frase, a la que habían puesto música, decía así: “Toda carne verá la salvación de Dios”.

III. Inmaculada Concepción de María (Lc 1, 26-38)

Un día encontró Lucía la casa de la fraternidad, lo hizo después de muchos encuentros con los que vivían en ella aun sin saberlo. Un lugar donde podía descansar acompañada, que la recogía como un regazo materno siempre preñado de vida por repartir; un lugar donde las puertas estaban abiertas y donde no había nada que robar porque todo estaba dado.

Nada diferenciaba ese lugar de otros, al menos por fuera. Incluso podía parecer un espacio menor porque no sobresalía en su entorno, más aún, si te descuidabas podías pasar de largo sin verlo. Como una ermita tragada por los rascacielos del lugar.

Cuando Lucía entró aquel día, una luz le atravesó el interior y le hizo sentir su pertenencia a los amados del Señor, de ese Señor que apenas se dejaba ver y que, aun así, ensanchaba la vida envolviéndolo todo con su gracia.

Allí se reunían todos y allí todos parecían ventanas abiertas a la luz, inmaculados no por su historia, sino por un poder que los reengendraba eternamente en su amor.

Muchas veces, los que pasaban por allí, discutían como llamar ese lugar. Unos decían Humanidad, otros Iglesia, otros María... Lo cierto es que allí dentro, cuando se perdía el miedo, y resultaba fácil hacerlo empujado por la confianza común que se respiraba, se podría tocar el más profundo centro del yo y se podía reconocer el más profundo centro de la comunión. Y al hacerlo solo quedaba decir: "Hágase".

IV. Tercer domingo de Adviento (Lc 3, 10-18)

Pasado un tiempo, Lucía empezó a notar que no era oro todo lo que relucía. Al principio no lo quería creer, pues lo encontrado era demasiado bueno como para dar un mal paso y perderlo.

Pero era evidente que también allí, en ese hogar de vida, se tenían que levantar palabras contra la oscuridad que no querían dejar fuera los que allí llegaban. Alguna vez sufrió Lucía exigencias abusivas y tuvo que soportar malas formas, e incluso en una ocasión creyó sentir que la extorsionaban. En esas ocasiones buscaba aferrarse a Juana hasta que un día esta le dijo con una aparente displicencia que le dolió: "Suéltame, no soy tu flotador. Si ya has visto la luz, déjate quemar por el fuego".

Pero Lucía no entendió qué quería decirle y pasó un tiempo sin volver, defraudada y con el sentimiento de que la luz que había experimentado era solo una ilusión.

Una tarde, mientras hablaba con algunos amigos, en una de esas conversaciones que entran en bucle y de las que no se sabe salir presa de la queja y el desaliento frente al mundo, recordó que en uno de los folletos recogidos en la casa de la fraternidad había leído: "No te dejes fascinar por el mal", y comprendió.

Volvió antes de que cerraran esa noche y al entrar, entregada al silencio, solo dijo: "Que el fuego de tu presencia queme la oscuridad de mi mirada".

V. Cuarto domingo de Adviento (Lc 1, 39-45)

"Cuanto más vieja, más pelleja". Pocas veces le había impresionado más esta expresión que cuando al salir de casa Lucía se la oyó gritar a uno de entre un grupo de hombres al ver pasar a Mabel, una prostituta sucia y entrada en años que ahora vivía en una casa abandonada llena de mugre y de indiferencia. La frase había terminado entre las risas de los oyentes, mientras aquella mujer seguía su camino, absorta en un mundo desconocido que ahora la habitaba y nadie conocía.

Su vida se había gastado en nada, perdida entre el deseo y el desprecio de los hombres. Lucía no pudo evitar recordar el canto 'I dreamed a Dream' de Fantine en el musical *Los*

miserables. Ella creía que le había conmovido, pero no era así, seguía sin acercarse a Fantine, a Mabel, que seguía sin ver como nadie se acercaba a ella.

Entonces, como en un acto reflejo volvió a casa, sacó un bote con caldo que tenía en la nevera, y después de calentarlo lo pasó a un termo y con dos tazones se fue a ver a Mabel. La puerta estaba abierta porque, desvencijada, ya no podía cerrarse. Lucía dijo: “Mabel, ¿estás ahí?, ¿quieres que nos tomemos un caldo caliente que traigo? Al oírla Mabel miró a su alrededor y le dio vergüenza que la viera en ese estado y le respondió: “No hace falta que te quedes, no soy nadie para que gastes tu tiempo conmigo. Pero escucha, dijo como si la vida naciera de nuevo en su interior: ‘Dichosa tú que has creído’”. Lucía, avergonzada también ella, al oír esta frase dirigida a sí, agachó la cabeza para que no se notara que se había ruborizado. Aunque al instante al cruzarse las miradas las dos se sonrieron en silencio, sin decir nada, como si hubiera pasado un ángel.

VI. Nochebuena (Lc 2, 1-14)

Desde aquel día en que Lucía había decidido no encender una luz artificial para acercarse a Dios y dejar que fuera Dios mismo quien se dijera en medio de la oscuridad, todo había cambiado mucho.

A medida que había abierto hueco en el espacio oscuro de su interior, primero con miedo y luego con algo más de confianza, la luz había ido apropiándose de ella y se encontraba más llena. Pero, ¿llena de qué? Ella misma no sabía que responder muy bien, pero lo cierto es que sentía una fecundidad naciente que nunca se agotaba y que atraía a muchos.

De hecho, en su portal siembre había alguien, impregnado de oscuridad, que llegaba atraído por un rumor de luz que se extendía por el barrio. Y todos hablaban de ella como una luz guía que daba algo que no se podía explicar y que hacía nacer algo que todos descubrían que llevaban dentro.

De esta manera Lucía se hizo más famosa que Juana que la miraba admirada y alegre de que los caminos de muchos, junto a aquella chica antaño vacilante, se allanaran.

Y así fue como el adviento llegó a su fin, un fin que era un inicio lleno de futuro en cada momento, un inicio escondido en el que ya siempre podía escucharse la gloria de Dios visitando, a todos los que le abrían la puerta, con su paz.